

# LA HISTORIA VIVIDA

María GÓMEZ MARTÍN  
C.E.H.M.

## El apresamiento del *Virginus*

El 13 de octubre de 1873, en plena descomposición de la primera República española, tuvo lugar un incidente naval con los Estados Unidos que pudo acarrear gravísimas consecuencias, cuando la corbeta española *Tornado*, al mando de Dionisio Castilla, que ejercía misiones de vigilancia entre Cabo Cruz y Santiago de Cuba, avistó al vapor *Virginus*, que arbolaba bandera norteamericana pero del que se tenían fundadas sospechas (que después se confirmaron) de que se tratara de un buque contrabandista.

Conminado por la *Tornado* a que se detuviera, el *Virginus* no sólo incumplió la orden sino que aumentó su velocidad, por lo que se inició por parte de la corbeta una persecución en regla, finalizada a cañonazos, que hizo rendirse al fugitivo.

Comprobado que se trataba de un buque filibustero, se dispuso que pusiera rumbo a Santiago de Cuba, y tan pronto fueron desembarcados sus tripulantes se advirtió que entre ellos figuraban algunos dirigentes de la insurrección cubana, como Bernabé Varona, Pedro de Céspedes y Jesús del Sol, por lo que juzgados por un tribunal militar, con la anuencia del comandante general de Santiago, fueron fusilados junto a cincuenta condenados más a la pena última. Ello produjo una gran conmoción política, por cuanto el capitán general de La Habana se había enterado de las ejecuciones cuando éstas ya se habían realizado, y ante el temor de que tan precipitado acto comenzara una guerra con los Estados Unidos, de terribles consecuencias para España, Castelar, presidente en aquellas fechas de la República, buscó todos los medios para evitar el conflicto armado en intensas negociaciones políticas, y con ofrecimiento de explicaciones que, afortunadamente, lograron su objetivo.

El suceso, sin embargo, produjo muchas controversias y propició numerosos artículos y editoriales de prensa de todas las corrientes políticas, pues las fórmulas conciliadoras aplicadas al caso y las indemnizaciones que el Gobierno español tuvo que abonar a Estados Unidos e Inglaterra (ya que entre los fusilados figuraban dieciséis británicos) complacieron a unos y disgustaron a otros. Como muestra de ello transcribimos unos párrafos del artículo ilustrado que en la edición de *Blanco y Negro* de 30 de abril de 1898 (un día antes del combate de Cavite entre los barcos norteamericanos y los del almirante Montojo) firmó el destacado publicista de la época Gabriel R. España.

«En los difíciles momentos actuales —escribía el articulista— cuando la patria está comprometida en defensa de su honra y en la conservación de la integridad de su territorio, es muy oportuno el recuerdo de la captura del buque pirata *Virginus* por la valerosa Marina de guerra española.

»La evocación de ese incidente, que promovió largas y ruidosísimas disputas y que estuvo a punto de suscitar la misma guerra que ahora sostenemos contra los Estados Unidos, puede constituir un argumento poderoso contra los que dudan de la vitalidad de nuestro pueblo y creen que las dificultades de hoy no ofrecen precedentes en la historia de España.

»Cuando la cuestión del *Virginus* provocó sin motivo que lo justificase la indignación yanqui, nos hallábamos en las peores circunstancias y no hubiéramos rehusado a pesar de todo la guerra; la hubiéramos afrontado con los mismos alientos que hoy.

»Y véase si las condiciones eran poco favorables. Nos gobernaba un ministerio republicano presidido por el Sr. Castelar, que no constituía una forma estable y duradera de organización política; luchábamos contra los filibusteros de Cuba, llevando ya cinco años de rudo batallar en aquellos campos donde habíase iniciado la insurrección en 1868; guerreábamos con los carlistas en las provincias Vascongadas y Navarra, teniendo sitiadas a Bilbao y Pamplona, aislada a San Sebastián y agitadas Cataluña y Aragón, y peleábamos finalmente con los cantonales de Cartagena, que habían sublevado a la ciudad e inutilizado en el puerto todos los buques de combate. Tal era el estado de las cosas cuando ocurrió el apresamiento del *Virginus*. Prescindiremos del aspecto internacional que tuvo aquella grave cuestión para hacer sólo un ligerísimo relato de los hechos en que tomaron directa participación nuestros bravos marinos.»

De la captura, verificada el 31 de octubre de 1873, se ofrecían curiosos pormenores. A las dos de la tarde se distinguió al sudeste del buque de guerra español *Tornado* el humo de un vapor que poco a poco iba aproximándose. El comandante dispuso que sin pérdida de tiempo se activaran los fuegos de las calderas, y vióse bien pronto que la embarcación perseguida cambiaba bruscamente de rumbo y se dirigía al suroeste. Había sospecha de que el buque a la vista fuese el *Virginus*, que llevaba ya tres años al servicio de los insurrectos de Cuba amparado criminalmente por la bandera norteamericana.

Se dieron apremiantes órdenes para forzar la máquina y procedióse a la caza con enérgica resolución, por lo que a la hora de la puesta del sol pudieron reconocerse dos palos de pailebot y dos chimeneas, señales evidentes que no eran infundadas las primeras sospechas.

Entonces preocupó a toda la tripulación de a bordo, interesada por igual en la captura, que se perdiera la pista al echarse la noche encima. Todos en masa vigilaban auxiliados por la claridad de la luna, y, por fin, a las nueve y media de la noche pudieron ponerse lo bastante cerca para comenzar la intimidación por la fuerza. Se dispararon cinco tiros con granada y al quinto cañonazo paróse la nave perseguida. Se habilitaron en el *Tornado* dos botes a las órdenes de los alféreces de navío don Enrique Pardo y don Ángel Ortiz y se procedió al apresamiento.

De cómo se verificó éste, da exacta idea la siguiente comunicación dirigida por el último de los citados marinos a su jefe, y escrita con naturalidad y sin arrogancias.

«Consecuente a las instrucciones recibidas de usted para proceder a apresar al buque, a quien durante la tarde y noche del 31 había usted cazado con la corbeta de su mando, embarqué en el cuarto bote de la misma, acompañado del primer maquinista y cuatro fogoneros, además de la tripulación que indistintamente se componía de individuos de todas las clases de marinería y tropa de esa corbeta, pues en aquellos momentos de entusiasmo *no fué posible evitar que embarcasen los que quisieran*. Habiendo abierto de este buque me dirigí hacia el vapor cazado, y notando al hallarme en sus proximidades que estaba lleno de gente, le advertí que cualquier agresión sería enérgicamente castigada por nuestras fuerzas, después de lo cual atraqué por su costado de babor, disponiendo un abordaje simultáneo por toda la gente del bote, el cual se verificó oportunamente después de haberlo yo efectuado. Tan luego me hallé sobre la cubierta pregunté por el capitán, y presentándose éste me dijo ser el vapor mercante norteamericano *Virginus*, cuyos papeles le exigí y me entregó. Le hice presente que desde aquel momento quedaba el buque apresado y prisionero a mis órdenes, él y toda la tripulación y pasaje, y acto continuo dispuse se apoderase nuestra gente del timón y buque, comisionando al primer maquinista para encargarse de la máquina, advirtiéndole a todos que nuestra presencia allí *no sería obstáculo para que la corbeta los echase a pique*, tan luego se notase agresión de cualquier género, y que toda tentativa para inutilizar máquina, caldera o buque sería inmediatamente castigada por las fuerzas a mis órdenes.»

Casi todos los tripulantes expedicionarios, termina Gabriel R. España, entre los que se encontraban importantes cabecillas, pagaron con sus vidas aquella aventura, siendo pasados por las armas en Santiago de Cuba a los pocos días. Así fue, en suma, como el excesivo rigor del comandante general de Santiago de Cuba estuvo a punto de provocar una catástrofe y de precipitar una guerra que un cuarto de siglo después sería inevitable.